

HISTORIA DE LA MEDICINA PERUANA

LOS MEDICOS PERUANOS EN LA GUERRA DEL PACIFICO*

Jorge Arias Schreiber Pezet

Al conmemorarse el centenario de la Guerra del Pacífico es un deber imperativo del espíritu rendir cálido homenaje a los médicos y estudiantes de la medicina nacional que intervinieron en este conflicto. Deber de peruanos, porque aquellos galenos y jóvenes fernandinos supieron mitigar con sus esfuerzos y su saber científico el dolor de las heridas de los defensores de la patria. Deber de solidaridad gremial, que nos asiste como miembros de la noble profesión médica que hemos abrazado. Y deber corporativo, porque varios de los fundadores de esta casa participaron activamente en la guerra con Chile. Deberes todos ellos que se agrupan y compendian en los tres grandes pilares que dan nombre y sustento a nuestra institución: la Academia, la Medicina y el Perú.

Vano empeño sería reseñar en esta disertación, el ingente aporte de los facultativos y alumnos de San Fernando en esa guerra, verdaderamente infausta, que tanto gravitó en la vida futura de la república. Período crítico en la historia de nuestra patria que abarca desde el 5 de abril de 1879, en que Chile nos declaró la guerra, hasta el 17 de enero de 1881 con la ocupación de Lima por las fuerzas vencedoras, pero que se prolonga incluso en la campaña de la Breña hasta el 20 de octubre de 1883, en que fue firmado el Tratado de Paz en Ancón. Tal exposición merece ciertamente la extensión de un libro que deje a la posteridad el testimonio fidedigno de la patriótica labor cumplida por la medicina nacional. Aquí sólo podemos trazar un bosquejo, narrar algunos episodios, relieves determinados sucesos y recordar a unos cuantos de los numerosos personajes que intervinieron, solicitando disculpas por las involuntarias omisiones.

El mismo día que Chile declaró la guerra al Perú la Facultad de Medicina de San Fernando convocó a una sesión extraordinaria presidida por el sub decano el profesor Manuel Odriozola. En esa sesión memorable en los anales de la Facultad, se nombró una comisión encargada de redactar un proyecto de organización de las ambulancias civiles. La comisión quedó conformada por los doctores Julián Sandoval, Mariano Arosemena Quesada y José Casimiro Ulloa. Pocos días después presentó al gobierno un detallado informe señalando las bases para la organización de las "Ambulancias Civiles". En este documento se indica el personal y los materiales de tipo asistencial que demanda cada unidad, sujetando su funcionamiento a los principios consignados en las conferencias internacionales de Ginebra.

En la sesión que se rememora los profesores de la Facultad acordaron ceder el íntegro de sus haberes mensuales para destinarlos a los gastos que demande la guerra.

Igualmente se resolvió poner a disposición del gobierno los servicios facultativos de los maestros y alumnos, solicitando que fuesen aceptados tan pronto como lo requiriesen las actividades bélicas. Estos acuerdos fueron elevados en un informe dirigido al director general del Ministerio de Instrucción porque la Facultad de Medicina dependía de ese ramo de la administración pública.

Siguiendo el ejemplo del cuerpo docente de San Fernando un grupo de médicos, presididos por el doctor José Mariano Macedo, resolvió igualmente contribuir con una subvención mensual, al mismo tiempo que ofrecía sus servicios profesionales. Así lo acredita la nota que envió Macedo al presidente de la Junta Receptora de Donativos el 18 de abril de 1879.

La Sociedad de Medicina de Lima, la más antigua de nuestras instituciones médico-gremiales, se sumó también a la patriótica actitud de San Fernando y del cuerpo médico nacional. En la sesión que celebró el 30 de abril, bajo la presidencia de Celso Bambarén, la Sociedad acordó remitir a la brevedad posible su aporte pecuniario a la Junta Receptora de Donativos. Esta resolución fue emanada de la propuesta hecha por el doctor Ignacio Acuña, pionero de la obstetricia y de la ginecología peruana y miembro fundador de la Academia Nacional de Medicina. En la misma sesión José Casimiro Ulloa propuso nombrar una comisión de tres miembros para estudiar y analizar en los campamentos militares todo lo concerniente a la cirugía de guerra, lo que fue aprobado por unanimidad de votos.

La juventud fernandina acudió presurosa y virilmente en defensa de la patria amenazada por la ambición chilena. A mediados de 1879 eran treinta y tres los alumnos de diferentes años que estaban incorporados al personal sanitario de las ambulancias civiles, de los cuales siete ya habían concluido sus estudios universitarios. Algunos de estos jóvenes rindieron tributo a su fervor patriótico falleciendo en los campos de batalla. Juan Byron, uno de los estudiantes que participó en la contienda, cita los nombres de sus compañeros muertos en la guerra en el discurso que pronunció al instalarse la Sociedad "Unión Fernandina" en enero de 1884. He aquí sus palabras: "Celis, Marjini, Lengua, Poma, Villanueva, Montes, Mesa, tales los nombres olvidados por muchos, pero que nosotros guardamos en el fondo de nuestros corazones como ejemplo para el futuro; existencias preciosas que el destino ciego arrebató; mártires de la ciencia, sacrificados en el lugar que el deber les había señalado".

Manuel Antonio Muñiz, otro de los valientes fernandinos que combatió en la guerra, publicó el artículo titulado "Un recuerdo" en el primer número de "La Crónica Médica" el 31 de enero de 1884. No resistimos la tentación de transcribir los siguientes párrafos que evocan la labor cumplida por los médicos y los estudiantes:

(*) Conferencia leída en la Academia Nacional de Medicina. Sesión de homenaje y recuerdo. Lima 10 de mayo de 1979.

"Morir luchando, embriagado por la gloria y con el ardor rabioso del combatiente, morir así vengando las desgracias de la Patria, es un sacrificio laudable y generoso. Pero morir al enjugar la sangre y el llanto del herido, al salvar, una, muchas vidas, permaneciendo sereno entre el estampido horrendo del cañón, morir entonces, es un sacrificio doblemente heroico".

"El soldado defiende la causa de su Patria, de la justicia; el médico, el estudiante de medicina, defiende una causa más noble y pura y su sacrificio sublima su santo martirio".

"En la última epopeya de nuestras derrotas, de nuestros martirios, aparecen nombres acreedores a la gratitud de todos los buenos. Hay también nombres oscuros de mártires abnegados que rindieron su juvenil existencia, sirviendo a la causa de la Caridad y de la Civilización". "Y en todas las partes en que ha ondeado nuestro estandarte, allí ha habido algún representante de la Escuela de Medicina, ayer compañero nuestro".

Estas frases escritas con altura y con emoción por uno de los jóvenes protagonistas de los sucesos bélicos, constituyen un testimonio elocuente de la honrosa y abnegada actuación de los médicos y estudiantes en la Guerra del Pacífico.

El informe de la comisión nombrada por la Facultad de San Fernando fue aprobado por decreto supremo el 17 de abril de 1879, con la rúbrica del Presidente de la República general Mariano Ignacio Prado y del Ministro de Justicia, Culto y Beneficencia doctor Mariano Felipe Paz Soldán. Para los efectos de la organización de las ambulancias civiles se creó la Junta Central de Ambulancias Civiles de la Cruz Roja. La flamante institución fue presidida por monseñor José Antonio Roca y Boloña e integrada por destacados médicos, como Manuel Odriozola, con el cargo de vice-presidente, José Casimiro Ulloa, que actuó de secretario y Martín Dulanto, como pro-secretario.

La Junta Central logró equipar y proveer el personal de cuatro ambulancias, contando con el apoyo financiero de la municipalidad de Lima y de la colonia inglesa y con el óbolo voluntario de numerosos particulares. La primera ambulancia fue embarcada en el Callao rumbo al sur del país el 3 de mayo de 1879, es decir, antes de un mes de declarada la guerra. Al llegar al puerto de Pisagua se trasladó al lugar llamado "Alto de Molle", en las inmediaciones de Iquique donde permanecía el grueso del ejército del sur. Al cabo de poco tiempo se presentó la ocasión de brindar su primer servicio, recogiendo y asistiendo a los heridos de la fragata "Independencia" que encalló en Punta Gruesa el 21 de mayo de 1879. Las otras tres ambulancias se establecieron luego en el teatro de las operaciones bélicas, situándose en Iquique y en Arica por la importancia estratégica de ambas plazas.

Las ambulancias civiles de hace un siglo distaban mucho en su aspecto e instalaciones de las que ofrecen las modernas. Consistían en unos carruajes pesados que se movilizaban lentamente por medio de acémilas y contaban con un personal sanitario, instrumental médico y quirúrgico de urgencia, botiquines con diversos medicamentos y pertrechos de campaña. El personal consistía en algunos médicos-cirujanos y farmacéuticos y regular número de practicantes y estudiantes de medicina y de farmacia. Estas

ambulancias a pesar de su escaso número, prestaron servicios muy útiles en las batallas de Pisagua, San Francisco, Tarapacá, Tacna o Alto de la Alianza y Arica, no así en la defensa de Lima como veremos luego. Recogían a los heridos en el mismo campo de batalla, exponiéndose al fuego del enemigo y los trasladaban a las carpas de los hospitales de sangre donde les prodigaban las atenciones médicas o quirúrgicas que requerían.

Cabe resaltar que esa esforzada labor se realizó con escasos recursos materiales, sobre todo después de la batalla de Tacna donde las tropas chilenas, sin respetar los convenios internacionales de la Cruz Roja, saquearon las carpas, destrozaron los botiquines e instrumentales y luego de reparar a los heridos se llevaron consigo las camillas, medicinas, vendas, hilos de sutura y todo el material sanitario disponible. En contraste con estos hechos vandálicos, el personal de nuestras ambulancias atendió no sólo a compatriotas heridos sino también y con igual esmero a los chilenos. Esta actitud demuestra con evidencia la proverbial hidalguía de los peruanos y la nobleza de sus hombres de ciencia que jamás supieron diferenciar banderas ni recordar agravios en el ejercicio de su humanitaria misión.

En la batalla del morro de Arica, donde sucumbieron con gloria los coroneles Francisco Bolognesi, José Joaquín Inclán, Alfonso Ugarte, Justo Arias y Aragüez, Mariano Emilio Bustamante y otros heroicos defensores, hubo también numerosos heridos. Fatalmente sólo pudo intervenir en su auxilio la sección volante de una de las ambulancias civiles que permanecía en Arica y que resultó insuficiente para atender a todos los heridos. A las restantes ambulancias les fue imposible penetrar a la plaza por estar bloqueada por las fuerzas chilenas, cuyas autoridades denegaron el permiso para ingresar antes del combate. Sólo cuando éste concluyó permitieron recoger a los heridos quienes se embarcaron rumbo al Callao en los transportes "Loa" y "Lamar" bajo los cuidados del personal sanitario.

Con anterioridad a este sangriento suceso, en enero de 1880 se trasladó de Arica al Callao a numerosos heridos de las acciones de San Francisco y de Tarapacá en el vapor "Luxor" de nacionalidad alemana. En Lima fueron atendidos en los hospitales San Bartolomé, San Andrés, Dos de Mayo y en la Maison de Santé, esta última fundada y administrada por la Sociedad Francesa de Beneficencia. En esa época los citados nosocomios eran los únicos que existían en la capital, aparte del hospital de Santa Ana destinado exclusivamente a la atención de mujeres; Santo Toribio dedicado al cuidado de los mendigos inválidos e incurables y el manicomio del Cercado para los enfermos mentales. En el hospital de San Bartolomé se llegó a internar a novecientos hombres, entre heridos y enfermos, no obstante que su capacidad asistencial era menor de trescientos. Como es comprensible las salas de cirugía resultaron insuficientes para atender a tantos heridos. Es digno de destacar que en esta tarea los médicos recibieron la eficaz colaboración de las hermanas de la caridad de San Vicente de Paúl, de las señoras de la Sociedad de "La Cruz Blanca", de la Sociedad Francesa de Beneficencia y otras instituciones humanitarias de Lima y el Callao.

Concluidas las operaciones bélicas del sur las ambulancias civiles fueron trasladadas a la capital. La Junta Central de la Cruz Roja estableció con su personal y dotaciones un hospital civil en Chorrillos que luego fue

suprimido y el hospital de sangre de Santa Sofía situado en las inmediaciones de Lima. Este último quedó a cargo del cirujano en jefe del ejército doctor José Casimiro Ulloa, recibiendo amplio apoyo de la Junta Central y de un modo particular de su presidente monseñor José Antonio Roca y Boloña. El patriota y dinámico prelado gestionó y obtuvo del gobierno que cediera a la Junta Central el transporte nacional "La Limeña" a fin de conducir al Callao los heridos peruanos que permanecían aún en el departamento de Tarapacá, ocupado por las fuerzas enemigas. Logró también que el jefe de la escuadra chilena contraalmirante Galvarino Riveros otorgase la autorización para el regreso a la patria de todos los heridos sin que mediase requisito alguno.

Si es cierto que en las acciones de armas desarrolladas en el sur las ambulancias de la Cruz Roja Peruana prestaron valiosos y oportunos servicios, también es que en las batallas de San Juan y Miraflores, ocurridas el 13 y 15 de enero de 1881, brillaron por su ausencia. Este hecho que parece inconcebible tiene una explicación respaldada en documentos irrecusables. Relatemos brevemente lo que sucedió.

El número de jefes, oficiales y soldados peruanos que fueron muertos, heridos o prisioneros en la campaña del sur era considerable y por consiguiente el ejército regular había quedado reducido a escasos efectivos. Se temía, con justificada razón, que los chilenos iban a desembarcar de un momento a otro en las proximidades de Lima para trabar una batalla decisiva y ocupar la capital de la república. Estas circunstancias determinaron al gobierno dictatorial de Nicolás de Piérola organizar el ejército de la reserva, reclutando para ello a todos los civiles que estuvieran en aptitud de combatir.

El reclutamiento civil incluyó al personal de médicos, farmacéuticos y estudiantes que sirvieron en las ambulancias del sur, los que se habían agrupado en la ambulancia "Lima" organizada por iniciativa del señor José Ignacio Alván. Toda la dotación sanitaria pasó a integrar los batallones del cuerpo de artillería del ejército de la reserva, conforme lo estableció el decreto respectivo del 2 de octubre de 1880, publicado en el diario oficial "El Peruano". De nada sirvieron las objeciones que formularon monseñor Roca y Boloña y el señor Emilio Henriod, comisario extraordinario encargado de vigilar los intereses de la Cruz Roja en el Perú. Tal situación condujo a la renuncia de monseñor Roca en diciembre de 1880 y poco después a la clausura de la Junta Central de la Cruz Roja. Como derivación de estos hechos la ambulancia "Lima" quedó sin personal sanitario y sus equipos e instalaciones sirvieron de base para organizar las ambulancias militares que estuvieron presentes en las batallas de Chorrillos y San Juan. En estos últimos lugares asistieron a los heridos peruanos y chilenos, pero a la derrota de nuestras armas siguió el saqueo de las ambulancias, quedando totalmente despojadas de su material asistencial. De ese modo se explica que ni las ambulancias civiles ni las militares pudieron brindar auxilio alguno a los innumerables heridos que cayeron en los reductos de Miraflores, donde lo más selecto de la juventud limeña ofreció su vida en defensa de los sagrados intereses de nuestra patria.

En honor a la verdad histórica hay que reconocer que en la guerra con Chile la sanidad militar tuvo grandes vacíos

y deficiencias. La falta de preparación en el Perú no sólo fue de armamento, sino en todo orden de cosas, incluyendo en el sanitario. No existían los elementos asistenciales ni en calidad ni en número suficiente para una atención adecuada de los heridos. Del mismo modo, era muy escaso el personal competente en cirugía militar, porque no había enseñanza ni adiestramiento práctico en esta materia conforme se hacía en otros países. Todo ello se dejó sentir con caracteres dramáticos en el curso de la guerra.

La mayor parte de nuestros cirujanos no empleaba aún el método de la antisepsia de Lister y en consecuencia las heridas se complicaban con septicemias, osteomielitis, erisipela, tétanos, ántrax, abscesos y flemones y otras infecciones purulentas localizadas o generalizadas que a veces conducían a la muerte. Las hemorragias de cierta consideración eran parcialmente detenidas con rudimentarios torniquetes y muchos fallecieron desangrados. La ignorancia de la cirugía ortopédica se reflejaba en las numerosas secuelas de invalidez de los combatientes.

Con anterioridad al conflicto, los doctores Julián Sandoval y José Casimiro Ulloa habían reclamado con insistencia la necesidad de reorganizar la sanidad del ejército y de la armada, dotarla de moderno instrumental médico y quirúrgico y enseñar cursos prácticos de cirugía militar. Pero nada o muy poco se hizo al respecto. Producida la guerra hubo que organizar con premura y proveer de recursos a las ambulancias civiles de la Cruz Roja a fin de suplir las deficiencias de la sanidad militar. La indiferencia y la imprevisión de las autoridades responsables en asunto de tan vital importancia, tuvo serias repercusiones en el conflicto bélico con nuestros vecinos del sur. Pero pudo ser más grave aun de no mediar la labor esforzada, valerosa y en ocasiones heroica de nuestros médicos y estudiantes de medicina, recogiendo heridos en medio del fragor del combate y salvando vidas de las garras de la muerte con los modestos recursos que disponían.

Extensa es la relación de los médicos, farmacéuticos, practicantes y alumnos de medicina y de farmacia que brindaron su concurso asistencial en las ambulancias, en los hospitales de sangre o de campaña, en los cuerpos del ejército y de gendarmería y en los barcos de la escuadra. Imposible es recordar a todos en esta disertación forzosamente limitada por razones de tiempo. Pero debemos señalar, al menos, las principales contribuciones de algunos miembros del cuerpo médico peruano que participaron en la guerra del Pacífico.

En la campaña naval destacó el doctor SANTIAGO TAVARA. Su actuación no sólo fue honrosa sino que merece calificarse de heroica. Médico y amigo de Miguel Grau se enroló como cirujano del "Huáscar" en mayo de 1879, con el cargo de jefe del departamento de sanidad y el grado de cirujano mayor. Participó en todos los combates, bloqueos y capturas de la campaña naval bajo las órdenes de nuestro glorioso almirante. El comportamiento de Távara en Punta Angamos tuvo caracteres épicos, alentado sin duda por la ejemplar actitud de Miguel Grau, Elías Aguirre, Diego Ferré, Enrique Palacios, Melitón Carbajal, Pedro Gárezon, José Melitón Rodríguez y en general de toda la tripulación del legendario monitor que luchó bravamente en el desigual combate. La actividad de Távara era incansable, multiplicándose en la atención de los heridos y contusos, practicando curaciones e intervenciones quirúrgicas de emergencia, prodigando humanitarios consuelos a los moribundos. Y

todo ello lo realizaba ante el incesante fuego enemigo, cumpliendo sus deberes de médico y de patriota con eficiencia, serenidad y singular valor, hasta caer herido por la explosión de una granada chilena que le causó graves lesiones en el rostro y en ambas piernas. Al ser abordado el "Huáscar" el doctor Távara fue hecho prisionero, pero no pudo movilizarse por sus propios medios. Fue trasladado a Valparaíso en cuyo hospital inglés recibió asistencia médica. Posteriormente cuando estuvo capacitado para caminar con la ayuda de muletas, lo condujeron a San Bernardo, lugar donde se concentró a la mayor parte de los prisioneros peruanos. Ahí, no obstante las limitaciones físicas ocasionadas por sus lesiones, atendió a varios compatriotas heridos. Luego de algunos meses de cautiverio, Távara regresó al Perú gracias a un canje de prisioneros de guerra. De inmediato se incorporó al ejército con el nombramiento de cirujano en jefe de la plaza del Callao. Organizó el servicio médico de las baterías, ambulancias y hospitales de sangre y concurrió a los diversos combates contra la escuadra chilena durante el bloqueo del Callao en abril y mayo de 1880. Al margen de su actuación patriótica, Santiago Távara fue un galeno distinguido. Ejerció durante varios años el cargo de médico titular del Callao, siendo autor del opúsculo "Memoria de la Constitución Médica del Callao". Participó en los debates científicos sobre la fiebre amarilla, promovidos por la Sociedad de Medicina de Lima y fue delegado de la Facultad de San Fernando en el Callao y miembro correspondiente de la Academia Nacional de Medicina.

En la campaña naval sobresalieron también por su valor e importantes servicios el cirujano de primera clase doctor FELIPE MIGUEL ROTALDE y el practicante de medicina JOSE IGNACIO CANALES. Ambos fueron miembros del departamento de sanidad del monitor "Huáscar" y asistieron al combate de Angamos, asesorando eficazmente a Távara en la asistencia de los heridos.

Otra figura de contornos heroicos fue MANUEL SEBASTIAN UGARTE y MOSCOSO, natural de Arequipa. En 1867, siendo aún adolescente, integró la comisión de auxilio contra la fiebre amarilla desatada en Huacho. Fue miembro de la comisión sanitaria encomendada al obispo Pedro José Tordoya y al ilustre jurista Luciano Benjamín Cisneros para socorrer a las víctimas del devastador terremoto que azotó a la ciudad de Arequipa y otras poblaciones del sur del país en agosto de 1868. Al declararse la guerra con Chile, Ugarte era alumno de medicina en San Fernando y fue uno de los primeros en ofrecer sus servicios al gobierno. Ingresó a la armada nacional en mayo de 1879, siendo destinado a la dotación de la fragata "Independencia" en calidad de practicante de medicina. Tuvo valiente comportamiento en el lamentable naufragio de la fragata en Punta Gruesa, luego de perseguir al barco chileno "Covadonga". Prestó a bordo importantes servicios facultativos, colaborando con el doctor Enrique Basadre y el practicante Ignacio Dianderas y al llegar a tierra fue herido por una bala enemiga. Convaleciente de esa herida pasó a la corbeta "Unión", siempre en calidad de practicante de medicina. Tuvo activa intervención en la captura del transporte chileno "Rímac", siendo el primero en abordarlo y capturando personalmente el pabellón de guerra del buque enemigo. En la tripulación de la "Unión" estuvo junto al monitor "Huáscar" en los momentos iniciales del combate de Angamos, teniendo que abandonar el escenario en

cumplimiento de órdenes superiores. Al regresar al Callao solicitó y obtuvo licencia para concluir sus estudios de medicina, pero a raíz de los bombardeos del puerto, en abril de 1880, se incorporó a la dotación del monitor "Atahualpa". Realizó labor de espionaje en la rada del Callao, a bordo de la lancha "Independencia" comandada por el teniente José Gálvez Moreno, hijo del héroe del 2 de Mayo. En esas circunstancias fueron sorprendidos de noche por una embarcación chilena que avanzaba velozmente hacia ellos y ante la imposibilidad de trabar combate, Gálvez y Ugarte decidieron lanzar el torpedo que poseía la "Independencia". El propio Ugarte alzó en vilo el torpedo y al acercarse la lancha enemiga lo arrojó sobre la cubierta hundiéndola con todos sus tripulantes. El estallido del artefacto bélico ocasionó también la muerte del heroico estudiante de medicina Manuel Sebastián Ugarte en la madrugada del 25 de mayo de 1880.

En el personal de las ambulancias civiles figuraron varios alumnos de San Fernando. Vamos a referirnos a algunos de ellos, para ocuparnos posteriormente de los que ya eran médicos. Uno de los jóvenes más destacados fue JUAN AVENDAÑO, hermano del que fue eminente médico forense y venerado maestro de numerosas generaciones fernandinas profesor Leonidas Avendaño. Con el anhelo de servir a su patria injustamente invadida por la codicia de los vecinos del sur, Juan Avendaño se alistó en el personal sanitario de las ambulancias y participó en las batallas de San Francisco y Tarapacá. Combatió luego en la batería "La Merced" durante el bloqueo del Callao y posteriormente estuvo presente en Miraflores, asistiendo a los heridos en el hospital de sangre de la Escuela Militar de Chorrillos. Miembro fundador de la Sociedad "Amantes de la Medicina" falleció en 1891, en plena juventud, cuando era mucho lo que podía esperarse de su clara inteligencia y relevantes cualidades.

Alumno de brillante actuación fue JUAN BYRON, nacido en el puerto del Callao. Al estallar la guerra cursaba el tercer año de medicina, siendo de los primeros en ofrecer sus servicios al gobierno. Se incorporó al primer cuerpo de sanidad y asistió a la gloriosa jornada de Tarapacá y otras acciones de armas, atendiendo a los heridos con entusiasmo y eficiencia. Byron fue posteriormente uno de los bacteriólogos más eminentes de los Estados Unidos de Norte América, país donde se radicó al finalizar la guerra del Pacífico. Fue jefe del hospital Swimburne, en la isla del mismo nombre, durante las epidemias de cólera de 1892 y 1893 y director del departamento bacteriológico del Laboratorio Loomis en la ciudad de Nueva York. Realizó importantes descubrimientos sobre el bacilo de Hansen, cuando aún se discutía si era el agente de la lepra, logrando cultivarlo por primera vez en América. También realizó interesantes trabajos sobre el cólera y la viruela. Falleció en Nueva York víctima de la tuberculosis pulmonar, enfermedad que contrajo en el laboratorio como consecuencia de sus investigaciones sobre el bacilo de Koch, por lo que está considerado entre los mártires de la ciencia médica mundial. Su inquietud intelectual lo llevó a incurrir en el género teatral, figurando entre sus obras "Vamos a Antofagasta" que rememora los hechos de armas que protagonizó durante la guerra.

ANIBAL FERNANDEZ DAVILA no había concluido aún sus estudios de medicina cuando Chile nos declaró la guerra. Se alistó en el cuerpo de sanidad, participando en las

diversas batallas que sostuvo el ejército del sur. Asistió a los heridos que regresaron a Lima a bordo del "Luxor" después de las acciones de San Francisco y Tarapacá, así como a los que procedían de la hecatombe de Arica en el transporte "La Limeña". Actuó luego como practicante del hospital de sangre Santa Sofía en el servicio del prof. Lino Alarco y combatió en las baterías del Callao y posteriormente en las batallas de San Juan y Miraflores, en calidad de cirujano de una brigada de caballería. Fruto de esa larga experiencia fue su tesis de bachiller "Tratamiento de las heridas por arma de fuego de los miembros inferiores, complicadas con fractura".

MARIANO CÉSAR MISPIRETA, siendo estudiante de medicina se dirigió a Iquique para integrar el personal sanitario de la primera ambulancia civil situada en "El Alto de Molle". En calidad de cirujano practicante estuvo en el inhumano bombardeo del puerto de Iquique en mayo de 1879 y en Punta Gruesa atendió a los naufragos de la fragata "Independencia". Luego estuvo presente en las batallas de Pisagua, San Francisco, Tarapacá y Campo de la Alianza, obteniendo por su valiente conducta en Tarapacá el ascenso a cirujano de segunda clase. Combatió en el Callao en la batería "Ayacucho" durante el bombardeo de la escuadra chilena en abril y mayo de 1880. Graduado de bachiller en medicina, en plena guerra, continuó luchando contra el ejército invasor, asistiendo a las batallas de San Juan y Miraflores en el hospital de sangre de Chorrillos. Después de la ocupación de Lima, se dirigió a la sierra para ponerse a las órdenes del coronel Cáceres. Intervino en toda la campaña de la Breña, actuando en diversos encuentros con los chilenos, especialmente en La Oroya, Sisicaya y Chancay y como comandante de las guerrillas en Macote. Combatió en la sangrienta batalla de Huamachuco el 10 de junio de 1883, lo que le valió el ascenso a cirujano de primera clase conferido por el "Héroe de la Breña". Después de Huamachuco siguió prestando servicios en el ejército constitucional de Cáceres, llamado también "el ejército de la defensa territorial", hasta la entrada de las fuerzas caceristas a Lima en diciembre de 1885. Recibido de médico en 1887 el doctor Mispireta continuó en el servicio del ejército y en la armada nacional, actuando en diversas dependencias de la Escuela Militar y en los barcos de guerra. Su brillante foja de servicios le mereció el ascenso al grado de cirujano mayor, por despachos conferidos por el general Justiniano Borgoño en 1894 y refrendados con la misma antigüedad por el presidente de la república don José Pardo en 1905.

El alumno MANUEL ANTONIO MUÑIZ estuvo entre los primeros en acudir al sur. Prestó importantes servicios asistenciales en el bombardeo de Iquique, en las batallas de San Francisco, Tarapacá y Campo de la Alianza y posteriormente en San Juan y Miraflores. Cuando Lima fue ocupada por las fuerzas chilenas, el joven Muñiz siguió el ejemplo de Mispireta y se internó en la sierra para incorporarse a las tropas de la resistencia que organizaba el coronel Cáceres. En el hospital de sangre instalado en Chosica atendió a los soldados de Cáceres afectados por una epidemia de tifus exantemático. Esta epidemia se inició en la quebrada de Huarochiri y se extendió con rapidez por Chosica, Matucana y Cocachaca, ocasionando grandes bajas en el ejército del "Brujo de los Andes", como también en las tropas chilenas que lo perseguían de cerca. En 1883, después de su intervención en la campaña de la Breña, Muñiz se graduó de bachiller en medicina con la tesis "Los dos sistemas para

explicar la vida" y concluida la guerra se dedicó a las actividades profesionales. Fue destacado higienista, antropólogo, escritor, científico y psiquiatra, rama en la que está considerado entre los pioneros junto a su maestro José Casimiro Ulloa. Dirigió el hospital de Insanos, llamado también Manicomio del Cercado y durante algunos años desempeñó el honroso cargo de secretario perpetuo de la Academia Nacional de Medicina.

También hay que recordar entre los estudiantes fernandinos a quien fue después distinguido médico y filántropo AUGUSTO PEREZ ARANIBAR. Incorporado a la dotación de una de las ambulancias civiles se dirigió a Arica con el primer ejército del sur. Intervino en la batalla de Tarapacá y acompañó a los heridos que fueron evacuados de Arica a bordo del vapor "Luxor". Participó también en los combates de Chorrillos, San Juan y Miraflores. Al igual que en el caso de Fernández Dávila su experiencia en la guerra le sirvió para sustentar la tesis de bachiller "Heridas por arma de fuego y su influencia sobre las diátesis". Es ampliamente conocida la labor asistencial y filantrópica que realizó el doctor Augusto Pérez Aranibar en el curso de su larga como fecunda existencia.

Muchos otros alumnos de medicina aportaron sus servicios con patriotismo y valor en la guerra contra Chile. Citemos algunos nombres: VICTOR BARRIOS, MARIANO BECERRA, JOSE GIL CARDENAS, JUAN PABLO CELIS, MANUEL CEVALLOS, ANTENOR CORNEJO, MANUEL ALFREDO GALL, MANUEL HURTADO ZAPATA, MANUEL LENGUA, JOSE FELIX MARINI, BALDOMERO MESA, GREGORIO MONTES, MANUEL MUÑOZ, MANUEL POMA y JOSE VARGAS MACHUCA. También es justo recordar a los esforzados alumnos de Farmacia ADAN ACEVEDO, COSME DEPART CHAVEZ, ANTONIO PEYZIA, JOSE RIVERA y LUIS SANDOVAL, así como al valeroso farmacéutico naval JOSE FLORES.

Revisemos ahora las contribuciones de quienes eran médicos al estallar la guerra, siguiendo siempre un orden alfabético. Vamos a ocuparnos, en primer término, de los galenos que intervinieron en las campañas del sur, para referirnos luego a los que asistieron a la defensa de Lima y a los bombardeos del Callao. En el primer grupo incluimos al doctor Celso Bambarén, porque a pesar de no haber participado en las acciones bélicas desempeñó un importante papel en los sucesos iniciales del conflicto. Pero antes de continuar debemos hacer una salvedad. No sólo fueron peruanos los médicos y estudiantes que atendieron a nuestros heridos en la guerra del Pacífico. También hubo varios extranjeros que brindaron de un modo espontáneo su valioso concurso profesional. Tal es el caso del doctor Pedro Bertonelli, de nacionalidad italiana, por citar un ejemplo. Si aquí omitimos sus importantes y generosas contribuciones asistenciales no es sólo en mérito a la brevedad, sino, esencialmente, porque en este acto estamos rindiendo un homenaje a la medicina nacional de aquella época.

CELSE BAMBAREN, médico y maestro de gran celebridad por sus trabajos anatómicos y doctrinas filosóficas, era presidente de la Sociedad de Medicina de Lima cuando se produjo la declaratoria de la guerra. Convocó a una sesión extraordinaria y enseguida envió una nota al ministro de Justicia, Instrucción y Beneficencia doctor Mariano Felipe Paz Soldán. En ella le comunicaba el acuerdo de la Sociedad de Medicina de remitir sus fondos para contribuir a los gastos de la guerra, así como poner a disposición del

gobierno el contingente personal de sus socios. Poco después fundó la "Sociedad Patriótica" destinada a propender ideales en la comunidad y al logro del triunfo definitivo de las armas peruanas. Bambarén fue senador por Ancash, presidente de la Academia Nacional de Medicina, vice-rector de la Universidad de San Marcos e introductor en el Perú de las teorías de Carlos Darwin, Augusto Comte y Carlos Marx, estando conceptualizado como uno de los sabios peruanos del siglo pasado.

El doctor ENRIQUE BASADRE, médico tacneño, se encontraba en Santiago de Chile realizando histerectomías y ovariectomías cuyos exitosos resultados se publicaban en "La Gaceta de Lima", órgano oficial de la Sociedad de Medicina. Al estallar la guerra regresó al Perú, ingresando al servicio naval como cirujano de la fragata "Independencia" y con el grado de cirujano de primera clase. Participó en el combate naval de Iquique y al naufragar la nave fue de los últimos en abandonarla con el comandante Ernesto Moore y el guardiamarina Carlos Eléspuru. Posteriormente se trasladó al Callao y durante el bombardeo a que fue sometido el puerto por la escuadra chilena combatió al enemigo y asistió a los heridos como jefe de la batería "Junín". Intervino igualmente en la batalla de San Juan, pasando luego a Lima para atender a los heridos en el antiguo hospital de San Bartolomé.

Uno de los médicos asimilados al ejército fue el doctor EVARISTO CHAVEZ, quien en 1878 se graduó de bachiller con la tesis "Intoxicación saturnina de los soldados del ejército". Apenas declarada la guerra se incorporó al personal de ambulancias del primer ejército del sur, en la división al mando del coronel Andrés Avelino Cáceres (su verdadero nombre fue Andrés Augusto Cáceres). En ese cuerpo militar concurrió a las batallas de San Francisco, los bombardeos de Iquique y de Arica. Del mismo modo prestó sus servicios en Chorrillos, San Juan y Miraflores y en la campaña de la Breña en 1881. Al terminar la contienda continuó en la sanidad del ejército y en 1904 cuando se reorganizó el servicio, con la ayuda de la misión militar francesa que presidía el general Pablo Clement, el doctor Chávez tuvo activa participación como jefe de la sección técnica. Es de todos conocido que el doctor Evaristo Chávez practicó al estudiante de medicina Daniel Alcides Carrión las inoculaciones de la sangre extraída de un tumor verrucoso. Estas inoculaciones que realizó en el hospital Dos de Mayo, a instancias del propio Carrión, dieron origen a la enfermedad con que se inmoló en aras de la ciencia el mártir de la medicina peruana.

El doctor SAMUEL GARCIA era farmacéutico y estudiante de medicina cuando se inició la guerra del Pacífico. De inmediato viajó al sur integrando una de las dotaciones de las ambulancias civiles. Prestó señalados servicios sanitarios en diversas acciones de armas de esa campaña, así como en el hospital de sangre de Villegas donde actuó como farmacéutico de primera clase. Se graduó de bachiller en medicina en 1881 durante la ocupación chilena de Lima y posteriormente obtuvo el doctorado con la tesis "La eclampsia en obstetricia". Dedicado a la especialidad obstétrica, sucedió al prof. Ignacio Acuña en la enseñanza de las obstétricas en la Maternidad de Lima.

TOMAS SALAZAR tuvo meritoria participación en la guerra con Chile. Médico militar ingresó al servicio en 1862

y estuvo presente en el combate del 2 de Mayo de 1866 contra la escuadra española, atendiendo a los heridos de esta gloriosa epopeya. Producido el conflicto con Chile se incorporó a las ambulancias del ejército del sur con el grado de cirujano de primera clase. Asistió a las batallas de San Francisco, Tarapacá y Tacna y posteriormente a las de San Juan y Miraflores. En el aspecto científico el doctor Salazar publicó numerosos trabajos sobre verruga peruana y tuberculosis. Fue autor del primer trabajo clínico y epidemiológico sobre la verruga, en su tesis de doctorado en medicina presentado en 1858 con el título "Historia de las verrugas". Esta monografía la acompañó de una lámina mostrando los caracteres morfológicos de las lesiones verrucosas cutáneas. Aquella lámina constituye la primera fotografía médica hecha y publicada en el Perú.

El doctor JULIAN SANDOVAL prestó valiosos servicios durante la guerra. Maestro y cirujano de reconocido prestigio regentó la cátedra de Cirugía, llamada entonces Clínica Externa, por espacio de casi medio siglo. Fue el iniciador de la anestesia en el Perú. En efecto, en abril de 1847 aplicó por primera vez en nuestro medio la anestesia con éter a un paciente con doble fractura humeral. La intervención practicada por Sandoval en la antigua botica Remy de Lima tuvo resultados satisfactorios, marcando un hito en la historia de la cirugía peruana. El doctor Sandoval ingresó a la sanidad militar desde joven, asumiendo su jefatura en 1864. Publicó diversos artículos en "La Gaceta Médica de Lima" sobre la sanidad en el ejército, la policía y la armada, señalando en ellos las pautas para su organización y los reglamentos pertinentes. Al declararse la guerra fue nombrado cirujano jefe del ejército del sur con el grado de cirujano mayor, que era entonces el de mayor jerarquía en el cuerpo de sanidad. Participó el 2 de noviembre de 1879 en el combate de Pisagua, donde un puñado de defensores peruanos y bolivianos, al mando del jefe de la plaza el heroico coronel Isaac Recavarren, dio al mundo una lección de valor y de patriotismo al combatir por varias horas contra un ejército diez veces superior en efectivos, luego de soportar el mortífero fuego de su escuadra. Asistió también al desastre de San Francisco y a la victoriosa jornada de Tarapacá, curando a los heridos con su habitual destreza y serenidad tanto en los teatros de batalla como en los hospitales de campaña.

El doctor EDUARDO SANCHEZ CONCHA, cirujano y catedrático de anatomía, atendió a numerosos heridos en la campaña naval y en las acciones del sur, así como durante la defensa de Lima. Poco después del combate de Angamos el presidente Mariano Ignacio Prado encomendó al doctor Sánchez Concha la tarea de practicar la autopsia del teniente Enrique Palacios Mendiburu. Este valiente marino cayó gravemente herido y al ser abordado el "Huáscar" se le trasladó al blindado chileno "Lord Cochrane", junto con el doctor Santiago Távora y otros oficiales heridos. Palacios fue trasladado luego al vapor "Coquimbo" perteneciente a la Compañía Inglesa, donde recibió los primeros auxilios del doctor Clemente, médico de dicha compañía, pero falleció a bordo al llegar a la bahía de Iquique. El deceso del teniente Palacios ocurrió el 22 de octubre o sea dos semanas después del combate de Angamos realizado el 8 del mismo mes. Esa extraña circunstancia ante heridas de gravedad, hacía perentorio que se hiciera la autopsia por un profesional peruano debidamente capacitado para tan delicada como honrosa misión. Sánchez Concha cumplió el encargo

elevando un informe que fue publicado en "El Peruano" el 27 de octubre de 1879. En ese documento describe las diecisiete heridas que recibió Enrique Palacios en el combate de Angamos, algunas de ellas de suma gravedad. Llegó a la conclusión, en base al cuadro clínico y al examen practicado, que dichas heridas ocasionaron el tetanos traumático y que este último proceso fue la causa determinante de la muerte.

También tuvo una sobresaliente intervención en la guerra el doctor JOSE MARIA ZAPATER. En 1864, cuando aún cursaba estudios de medicina, ingresó a la armada con el cargo de ayudante sanitario. Asistió al combate del 2 de Mayo de 1866, dirigió la campaña contra la fiebre amarilla de Lima en 1868 e integró la expedición a la selva de 1869 que fundó la población de La Merced en el valle de Chanchamayo. Cuando se declaró la guerra con Chile Zapater ocupaba el cargo de médico titular de la provincia de Jauja y fue nombrado cirujano de primera clase del ejército del centro. Asistió a las batallas de San Juan y Miraflores y en esta última fue hecho prisionero. Posteriormente intervino en la campaña de la Breña, integrando el servicio de sanidad del Ejército de la Resistencia. El doctor Zapater fue uno de los primeros médicos que realizó observaciones científicas sobre la fisiopatología del hombre de la altura. Igualmente fue de los primeros en estudiar la influencia del clima de la sierra en la evolución de la tuberculosis pulmonar.

Varios otros facultativos, si bien no participaron en las campañas navales y terrestres del sur, defendieron al país y brindaron su aporte asistencial en los bombardeos del Callao y en las acciones de armas de Chorrillos, San Juan y Miraflores. Entre éstos figuran profesionales y maestros que lograron cimentar con sus contribuciones científicas el prestigio de la Escuela Médica Peruana. Revisemos someramente algunos nombres. AURELIO ALARCO, iniciador de la oftalmología en el Perú y hermano del célebre cirujano Lino Alarco, combatió en Miraflores como jefe de un batallón de la reserva; MARIANO ALCEDAN, condiscípulo de Carrión y co-autor de la historia clínica de la enfermedad que sufrió el mártir de la medicina peruana, asistió a los heridos de las batallas que precedieron a la ocupación de Lima; FRANCISCO ALMENARA BUTLER, pionero de la pediatría nacional, dirigió el hospital de sangre de la Exposición organizado por la municipalidad de Lima. Fue uno de los primeros cirujanos en aplicar la antisepsia según el método de Lister, procedimiento que utilizó con éxito en los heridos de Miraflores; JOSE CELESTINO ARGUEDAS, parlamentario por el Cuzco al estallar la guerra, prestó eficientes servicios sanitarios; ENRIQUE ARIAS SOTO, brindó asistencia médica a los heridos de la guerra en el hospital Dos de Mayo y trató a numerosos combatientes, entre otros al valeroso coronel Justiniano Borgoño; MARIANO AROSEMENA QUESADA, atendió en el hospital de sangre de Villegas con el grado de cirujano mayor; JOSE ARNAEZ, jefe de la batería "Norte" en los bombardeos del Callao; MANUEL ARTOLA, miembro de la columna "Independencia", asistió a los heridos en San Juan y Miraflores; MANUEL BARRIOS y JULIO BECERRA, ambos participaron en las acciones bélicas con el grado de teniente en la columna "Independencia"; LUIS CARRANZA AYARZA, médico, periodista, político, geógrafo y escritor científico, co-director de "El Comercio", diario que fue clausurado por el gobierno de Piérola en enero de 1880 y permaneció cerrado hasta octubre de 1883 cuando las fuer-

zas chilenas abandonaron Lima. El doctor Carranza participó esforzadamente en la campaña de la Breña al lado del coronel Cáceres; JOSE JACINTO CORPANCHO, miembro de la Junta de Notables que solicitó la desocupación de las tropas chilenas de Lima en 1883; JUAN ENRIQUE CORPANCHO, teniente de la primera compañía de la columna "Independencia" en cuyas filas luchó por la defensa de la capital; IGNACIO DIANDERAS, cirujano de primera clase, combatió en el torreón "Manco Capac" durante los bombardeos del Callao en abril y mayo de 1880 y anteriormente en la fragata "Independencia"; MARTIN DULANTO, director de sanidad en el ejército de la reserva y prosecretario de la junta directiva fundadora de la Cruz Roja Peruana; ENRIQUE ELMORE, cirujano de la armada nacional, combatió contra la escuadra chilena en el Callao como cirujano jefe de la batería nominada "De a mil" instalada en el puerto; RICARDO FLOREZ asistió al 2 de Mayo de 1866 en el torreón Ayacucho bajo las órdenes de Francisco Bolognesi, cuando aun era un niño de 12 años. En la guerra con Chile estuvo en los campos de San Juan y Miraflores con el grado de cirujano mayor y jefe de la división volante del ejército de la reserva; NICANOR GARCIA y MANUEL INJOQUE, ambos cumplieron importantes servicios asistenciales en la defensa de Lima; JOSE MARIANO MACEDO CAZORLA, notable maestro, higienista y antropólogo, tuvo prolongada actividad como cirujano del ejército desde su ingreso en 1855, asistiendo a diversos combates entre los caudillos de nuestra vida republicana. Participó en las acciones del Callao contra la escuadra chilena que bloqueaba el puerto en abril y mayo de 1880 y meses después actuó como jefe del hospital de sangre instalado en el Parque de la Exposición, lugar donde fueron atendidos los heridos de las batallas de Chorrillos, San Juan y Miraflores; ANTONIO PEREZ ROCA, fisiólogo, investigador y maestro, tuvo a su cargo el traslado y el tratamiento de los heridos peruanos procedentes de Tarapacá a bordo del vapor "La Limeña" y luego brindó sus servicios profesionales en el hospital de sangre situado en la Escuela Militar de Chorrillos; JOSE PORTURAS, médico trujillano que luchó con tesón para extinguir la epidemia de fiebre amarilla que apareció en su ciudad natal durante la ocupación chilena, enfrentándose gallardamente a las autoridades militares enemigas que no querían acatar sus disposiciones. Posteriormente organizó la asistencia de los heridos en las refriegas habidas entre las fuerzas de Cáceres e Iglesias; IGNACIO DE LA PUENTE, combatiente en el 2 de Mayo de 1866, prestó servicios en la guerra con Chile como cirujano del hospital militar de San Bartolomé, atendiendo a los heridos de las batallas de San Juan y Miraflores; CARLOS TONIZ, asistió a los combatientes de San Juan y Miraflores en el hospital de sangre de Santa Sofía; LEONARDO VILLAR, eminente clínico, maestro y lingüista cuzqueño, médico militar desde 1854, habiendo combatido en la jornada del 2 de Mayo de 1866 como cirujano mayor. En la guerra con Chile ocupó el cargo de sub jefe de sanidad en el ejército de la reserva. Fue el único facultativo peruano que permaneció en el hospital Dos de Mayo durante la ocupación chilena de Lima, estando a cargo de la asistencia de los niños en la sala "Las Mercedes".

No sería posible finalizar esta relación de los médicos y estudiantes en la guerra del Pacífico sin rendir homenaje a tres grandes figuras de la medicina peruana: MANUEL ODRIOZOLA, BELISARIO SOSA PELAEZ y JOSE CASIMIRO ULLOA. Los tres intervinieron en forma directa y

decisiva en las gestiones que culminaron con la fundación de la Junta Central de la Cruz Roja y la organización de las ambulancias civiles. Pero aquello, con ser bastante, no fue todo lo que hicieron. Protagonizaron, además, otros hechos de importancia que vamos a recordar.

Inmediatamente después de la derrota de Miraflores y de la ocupación de Lima por las tropas chilenas se produjo el saqueo de los principales centros culturales y docentes de la capital. La Escuela de Medicina de San Fernando que gozaba de prestigio continental e incluso mundial por la calidad de sus maestros y la importancia de sus instalaciones, constituía una de las víctimas predilectas para esos atropellos. Hubo, en efecto, saqueo, incendio y destrucción de su valiosa biblioteca, laboratorios, museos, útiles de enseñanza y hasta del mobiliario. El histórico local fundado a fines de la colonia por el sabio Hipólito Unanue y reorganizado desde sus cimientos por el insigne educador Cayetano Heredia, a mediados del siglo pasado, había quedado en estado ruinoso por un acto de barbarie impropio de una nación que se preciaba de civilizada. Ejercía entonces las funciones de decano el doctor MANUEL ODRIOZOLA, clínico y maestro de sólida reputación, hijo del distinguido militar e historiador del mismo nombre y padre a su vez del doctor Ernesto Odriozola, una de las lumbreras de la medicina peruana de todos los tiempos. Odriozola protestó con energía e indignación ante las autoridades militares chilenas por tales atropellos a la cultura, logrando con su resuelta actitud evitar la destrucción completa del local y de sus instalaciones. Personalmente puso a salvo el importante archivo de la Facultad, ocultándolo en un lugar secreto e instaló la secretaría en un modesto solar de la calle Núñez. Con los escasos elementos materiales que quedaron y la colaboración de un grupo de maestros que dictaban las lecciones en sus propios domicilios, el profesor Manuel Odriozola emprendió la ardua tarea de reanudar la enseñanza de la medicina en los aciagos tiempos de la ocupación chilena.

BELISARIO SOSA PELAEZ no sólo destacó en las funciones profesionales y docentes, sino también en la política nacional. Fue Senador por los departamentos de Amazonas y Tumbes, ministro de Fomento y Salubridad y vice-presidente de la república en el primer gobierno de don Augusto B. Leguía. Integró la primera junta directiva de la Academia Libre de Medicina y fundó el curso de higiene militar, ejerciendo entre otros elevados cargos la presidencia de la Academia Nacional de Medicina y de la Cruz Roja Peruana y el decanato de la Facultad de San Fernando. Durante la guerra con Chile prestó servicios en los hospitales de sangre, en las ambulancias civiles y en los domicilios particulares de Lima, perteneciendo al cuerpo de la columna "Independencia" fundado por los alumnos de medicina. Atendió a numerosos heridos y entre éstos al coronel Andrés Cáceres, quien después de la batalla de Miraflores regresó a Lima con graves heridas en las piernas. El doctor Belisario Sosa se encargó de la curación del coronel Cáceres en la enfermería del convento de San Pedro y luego en la casa del heroico coronel en la calle de San Ildefonso. Ahí acudía diariamente el doctor Sosa prodigándole esmerada atención profesional, conforme lo relata Cáceres en sus "memorias", sin que le importara al galeno los riesgos y represalias a los que se exponía por asistir a un militar tenazmente perseguido por los oficiales chilenos.

Cerramos este catálogo de personajes médicos con JOSE CASIMIRO ULLOA. Fue el doctor Ulloa un hombre excepcional y sin duda una de las personalidades preeminentes entre los peruanos de su época. Médico, psiquiatra, higienista, médico legista, maestro, educador, político, periodista y prolífico escritor tuvo en esas múltiples actividades del quehacer humano una actuación siempre descolante. Por iniciativa suya se fundaron la Sociedad de Medicina de Lima y años después la Academia Libre de Medicina, así como los Anales Universitarios de San Marcos y "El Monitor Médico", órgano de difusión de la Academia. Al declararse la guerra con Chile el presidente de la república general Mariano Ignacio Prado nombró a Ulloa cirujano en jefe de los ejércitos peruanos, no obstante que jamás estuvo en el servicio de la sanidad militar. ¿A qué se debió este nombramiento que podía lastimar los derechos de los cirujanos asimilados al ejército o a la armada desde varios años atrás? De un lado al reconocido talento, erudición y dotes de organizador que caracterizaban a Ulloa. Pero aparte de esas razones, a su conocimiento de la materia, pues desde 1857 había publicado sendos estudios para reestructurar la sanidad militar y dotarla de los elementos asistenciales apropiados. Fatalmente su previsora visión de los acontecimientos no fue atendida oportunamente y al producirse la ruptura con Chile era palpable la deficiente organización del servicio de sanidad militar. Ulloa no intervino directamente en las acciones bélicas, pero en la batalla de Miraflores expuso su vida en más de una ocasión, situándose en las zonas de peligro cuando cumplía las funciones de su elevado cargo. Planificó las actividades de la sanidad militar y proporcionó los recursos y el material sanitario a las ambulancias civiles de la Cruz Roja y a los hospitales de sangre para que cumplieran sus labores pertinentes. Realizó un meritorio esfuerzo teniendo en cuenta los escasos recursos materiales que existían cuando asumió el cargo de cirujano en jefe de los ejércitos peruanos. Al terminar el conflicto presentó un extenso informe a las autoridades militares, insistiendo en la necesidad de una organización autónoma y estable del servicio de sanidad en el ejército y en la armada a fin de evitar en el futuro la improvisación y el desorden reinante durante la guerra con Chile. Este interesante documento, que hemos tenido la oportunidad de revisar, fue remitido el 1 de abril de 1881, es decir muy poco después de finalizada la contienda. Sentó las pautas generales para que algunos años más tarde el gobierno asumiera la tarea de reorganizar todos los servicios de la sanidad militar. Y es que los errores que se cometieron en el pasado no podían quedar en simples lamentaciones que a nada conducen, sino tenían que servir de lección permanente para que jamás se repitan en el Perú las nefastas consecuencias de la imprevisión.

Odriozola, Sosa, Ulloa y muchos otros médicos que participaron en la guerra del Pacífico fueron fundadores, presidentes o secretarios perpetuos de la Academia de Medicina. De ahí que el homenaje que reciben con motivo del centenario de la conflagración bélica tiene un profundo significado cívico y corporativo en esta institución. En esta casa centenaria cuyas sesiones preside la efigie del sabio venerable y prócer de la patria don Hipólito Unanue y donde siempre se ha sabido rendir culto al talento, a las virtudes ciudadanas, al patriotismo y al esfuerzo creador de las figuras preclaras de la medicina nacional.